

## NOTAS SOBRE LA TRANSICION DE LA EDAD DEL BRONCE A LA EDAD DEL HIERRO EN LA RIOJA

**Pedro ALVAREZ CLAVIJO\***  
**Carlos L. PEREZ ARRONDO\***

### RESUMEN

*Tradicionalmente, se ha mantenido que durante la primera mitad del 1.º milenio a. C. la Protohistoria del Nordeste peninsular se vio afectada, de manera importante, por la introducción de gentes y culturas transpirenaicas, conocidos como hallstáticos, indoeuropeos, celtas o Campos de Urnas. En este artículo presentamos algunos criterios que rigen nuestras investigaciones y que tienden a valorar tanto las raíces culturales de la Edad del Bronce, todavía poco conocidas, como la posibilidad de un desarrollo paulatino del proceso histórico, frente a una concepción basada en cambios bruscos sucesivos.*

*Palabras clave: 1. Prehistoria, Bronce Final-Hierro Inicial. I. España, Valle del Ebro, La Rioja.*

*The traditional view has defended that during the first half of the 1st. millenium b. C. the Protohistory of the NE. of Spain was affected for the introduction of transpyrenean people and cultures. They were named hallstattic, indoeuropean, celtic or "Urnenfelder's" elements. In this article we present some approaches that drive our researches. We think that is necessary to take into account both the cultural roots of the Bronze Age and the possibility of a gradual unfolding in the historical process, opposite a conception based in successive and abrupt changes.*

*Key-words: 1. Prehistory, Last Bronze Age-Initial Iron Age. I. Spain, Valley of the Ebro, La Rioja.*

### INTRODUCCION

A diferencia de lo que sucede en buena parte de Europa Occidental, donde el Bronce Final y la 1.ª Edad del Hierro están perfectamente definidos, delimitados y

\* *Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Area de Prehistoria. Colegio Universitario de La Rioja.*

subdivididos en fases, gracias, en muchos casos, a la sistematización de los ajuares de grandes necrópolis, en La Rioja y, en general, en el Valle Medio del Ebro estas denominaciones han caído en una utilización convencional, hasta el punto de fundirse haciendo referencia a un período difuso que se ubica en la primera mitad del primer milenio antes de Cristo.

Atenazados aún por las reminiscencias de las viejas hipótesis invasionistas, los sucesivos estudios tienden a explicar este momento como producto de un cambio respecto a la situación anterior. Durante largo tiempo esta interpretación se basó en el seguimiento de determinados fósiles directores, como pueden ser ciertos productos de metal o determinadas formas y decoraciones de la cerámica. La puesta en entredicho de estos argumentos dejaba en pie, sin embargo, la idea de que en este período se produce una intensa ocupación del territorio, frente a un hipotético vacío existente durante la Edad del Bronce. Aunque es cierto que muchos hábitats, conocidos por excavaciones y prospecciones, pueden inscribirse dentro del Bronce Final - Hierro I, la imagen de su eclosión repentina no deja de ser un tanto engañosa y, en este sentido, deben hacerse algunas consideraciones.

Por un lado, hay que tener presente que bajo la denominación Bronce Final Hierro I se esconde un período de tiempo lo suficientemente amplio como para que el proceso de concentración de las poblaciones se desarrolle progresivamente, apoyado en unas condiciones socioeconómicas favorables. En caso contrario habría que pensar en la introducción, en un momento dado, de importantes aportes étnicos, tal como se ha mantenido tradicionalmente, sin contar con datos fehacientes.

Por otra parte, el pretendido contraste se debe, en buena medida, al escaso conocimiento de los yacimientos y de la cultura material que caracterizarían al Bronce Pleno en el Valle Medio del Ebro. Esta circunstancia crea la imagen de un falso vacío que quizás se modificase si muchos de los hábitats encasillados en el Bronce Final - Hierro I, conocidos sólo superficialmente, fueran analizados en profundidad.

La situación descrita nos permite plantear un doble objetivo en nuestras investigaciones. En primer lugar, debemos intentar discernir las características de los momentos inmediatamente anteriores al que nos ocupa para confirmar o, en su caso, refutar la existencia del pretendido cambio. En segundo término, habría que establecer la secuencia interna de este último tanto en el tiempo como en el espacio.

En el ámbito de La Rioja, los trabajos que desarrolla el Area de Prehistoria del Colegio Universitario, fundamentalmente en Partelapeña (El Redal), aportan algunos datos que, sin llegar a resolver estos problemas, sí permiten, a nuestro entender, arrojar alguna luz en ese sentido.

## **LAS CULTURAS DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA RIOJA**

Como ya dijimos, en buena parte del Valle Medio del Ebro resulta difícil definir los horizontes correspondientes a este período. Sin embargo, a través de un breve repaso, podemos rastrear en nuestra región la existencia de varios complejos culturales, todavía poco conocidos, que tal vez se superpongan o estén, de algún modo, imbricados. Son los siguientes:

- 1.º Las perduraciones del mundo campaniforme.
- 2.º Las ocupaciones de cuevas de habitación durante la Edad del Bronce.
- 3.º La presencia de elementos de la cultura de Cogotas I.

En nuestra zona, el conocimiento del mundo campaniforme se reduce, prácticamente, a los hallazgos realizados en contextos funerarios, en los que algunos elementos de la cultura material que lo caracteriza aparecen en el marco de intrusiones o reutilizaciones de monumentos megalíticos, construidos durante el Neolítico Final. La fechas que, generalmente, vienen aceptándose para estos contextos los sitúan entre el 2.000 y el 1.700 a. C., es decir, bastante alejados del momento que nos ocupa. Sin embargo, las dataciones absolutas obtenidas por análisis de Carbono 14 en los niveles de reocupación campaniforme de los dólmenes de Peña Guerra I y II (Nalda), 1.500 y  $1.460 \pm 60$  a. C., respectivamente,<sup>1</sup> nos permiten tomar en consideración la posible perduración de la cultura material campaniforme y, por añadidura, la continuidad de las poblaciones que la sustentan. Tengamos en cuenta, además, que las reutilizaciones se producen no sólo en zonas montañosas que, a priori, podríamos considerar como propicias para que en ellas se produjeran fenómenos retardatarios, sino también en áreas más cercanas al Ebro, tal como ocurre en los dólmenes de la Rioja Alavesa, muy especialmente en el de San Martín (Laguardia).<sup>2</sup>

Todavía no se han localizado asentamientos directamente relacionables con estas inhumaciones asociadas con ajuares campaniformes, si exceptuamos los indicios descubiertos en los niveles inferiores de La Hoya (Laguardia).<sup>3</sup> De confirmarse esta presencia, nos encontraríamos con un dato más que significativo, ya que se correspondería con los momentos fundacionales de un hábitat que parece perdurar, sin solución de continuidad, hasta época celtibérica.

En el segundo apartado, nos encontramos con una serie de cuevas de habitación, entre las cuales las mejor conocidas son Peña Miel Superior (Pradillo) y Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros).<sup>4</sup> Sus secuencias de ocupación son difíciles de establecer siguiendo criterios estratigráficos, debido a las alteraciones producidas, tanto por las utilidades sucesivas de las mismas, como por las excavaciones, oficiales o incontroladas, realizadas desde antiguo. Sin embargo, han proporcionado una serie de materiales bastante significativos que, al ser comparados con los procedentes de otros yacimientos mejor conocidos, tanto de la Meseta como del Valle del Ebro, nos permiten avanzar en cuanto a su interpretación se refiere.

En ambas cuevas aparece de nuevo la cerámica campaniforme. Sin embargo, pese a la proximidad de los dólmenes de Nalda y Viguera, las características de esta cerámica se acercan más a las de la obtenida en otros yacimientos burgaleses y

1. C. PEREZ ARRONDO (1987): "El fenómeno megalítico en la margen derecha del Ebro: La Rioja. Estado de la cuestión y principales problemas". *El Megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid. Vid. pp.: 172, 178 y ss.

2. J. M. DE BARANDIARAN y D. FERNANDEZ MEDRANO (1971): "Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia, Alava)". *Investigaciones Arqueológicas en Alava (1957-1968)*. Vitoria. Pp.: 143-173.

3. A. LLANOS (en prensa): "Las culturas del Bronce Final y del Hierro en el País Vasco". *II Encuentros de Prehistoria Aragonesa*. (Zaragoza-Caspe, 29 de Octubre a 1 de Noviembre de 1986).

4. Referencias a Peña Miel Superior en: C. PEREZ ARRONDO (1986): "Algunos datos para el estudio de la Edad de los Metales en el Valle del Ebro Medio". *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Pág.: 272. C. PEREZ ARRONDO e I. BARRIOS GIL (en prensa). *Excavaciones arqueológicas en la cueva de Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja)*. Campañas de 1.983 y 1.984. Logroño. Sobre Cueva Lóbrega consúltese el trabajo de I. BARRIOS GIL y J. CENICEROS: "Reinterpretación de las estratigrafías y ajuares arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja)", publicado en esta misma revista. En él se recoge toda la bibliografía anterior en torno a este yacimiento.

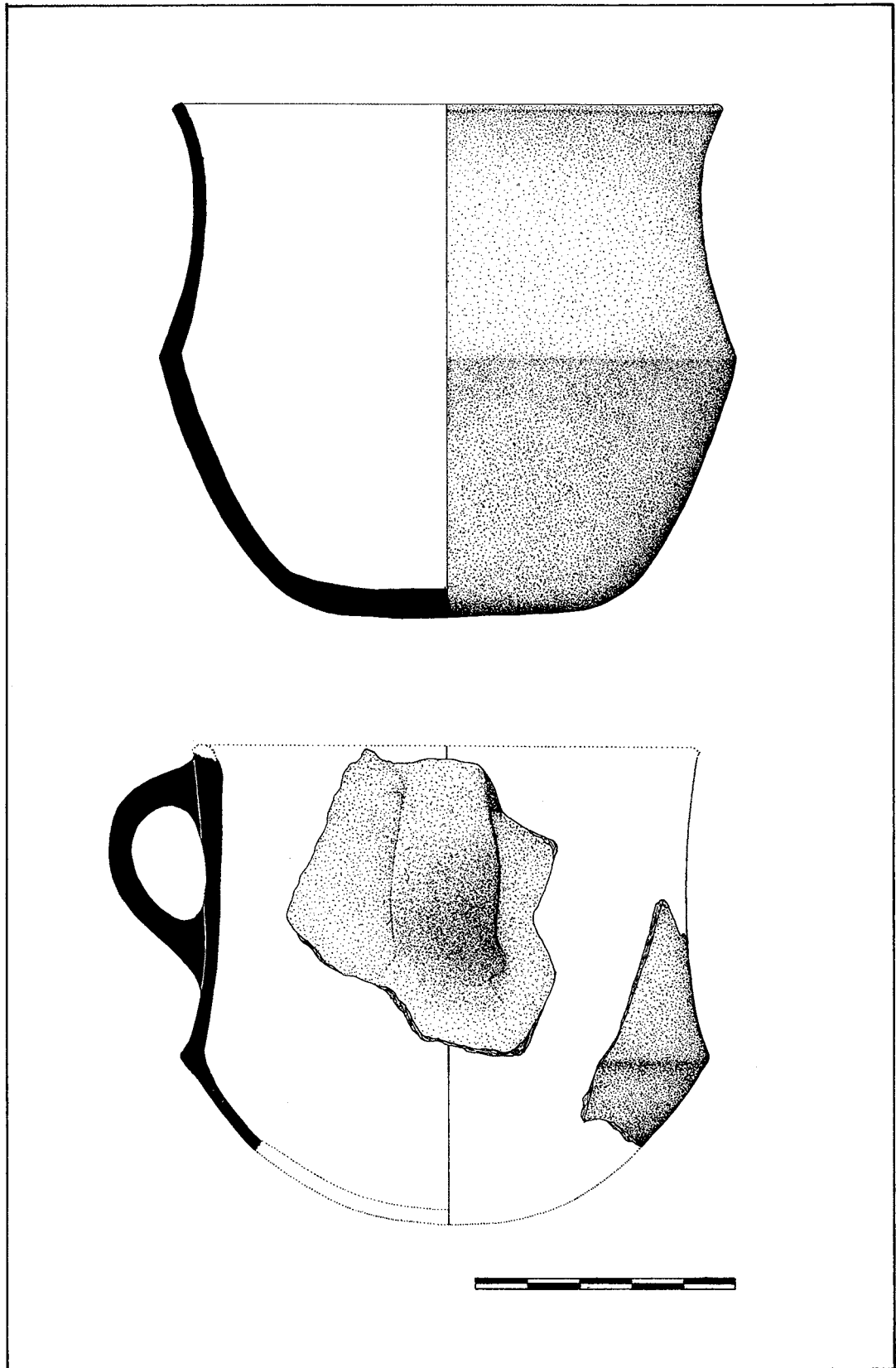


Figura 1. Cerámica de Peña Miel Superior (Pradillo)

sorianos, de las estribaciones del Sistema Ibérico; es decir, a lo que durante algún tiempo se denominó Grupo de Silos, con discusión sobre su posible cronología tardía respecto al grueso del espectro campaniforme.<sup>5</sup>

Otras cerámicas significativas, tanto de Peña Miel como de Cueva Lóbrega, son los vasos abiertos, con marcadas carenas, decorados por líneas incisas en zig-zag, que se aplican junto al borde o sobre la carena. El hallazgo de un fragmento de cerámica excisa en Cueva Lóbrega, sirvió en su día<sup>6</sup> para relacionarla con los poblados del Hierro I, pero hoy, tanto ésta como las cerámicas incisas citadas, tienden a vincularse con un horizonte de algún modo próximo a Cogotas I. Pueden representar un momento previo a esta última cultura, como indican los trabajos de Delibes y Fernández Manzano en Cogeces del Monte o los de A. Jimeno en los Tolmos de Caracena,<sup>7</sup> o, bien, pertenecer a un grupo característico del Alto Ebro y de las estribaciones del Sistema Ibérico, –si nos atenemos a su distribución geográfica por Alava (Solacueva, Berbeia, El Batán, Mendizorroza), Soria (Cueva del Asno, Castilviejo de Yuba) o Zaragoza (Castillos de Almantes, Calatayud)–, que en un momento dado entran en contacto con el Horizonte Cogotas I.<sup>8</sup> Aceptando cualquiera de las dos posibilidades, estas cerámicas corresponden a un horizonte que se superpone al campaniforme, aunque en algún momento pueda coincidir con él y, por lo tanto, si tenemos en cuenta las fechas obtenidas para éste, aquél deberá situarse en algún momento de la segunda mitad del 2.º milenio a. C., con lo que se cubriría parte del vacío existente en nuestra Edad del Bronce.<sup>9</sup>

Algunos elementos recuperados en ambas cuevas nos permiten tomar en consideración la posible continuidad de las ocupaciones, aunque de modo menos intenso, hasta un momento muy avanzado de la Edad del Bronce. Nos referiremos, en primer lugar, a las vasijas carenadas con asas acintadas que localizamos tanto en Peña Miel (fig. 1) como en Cueva Lóbrega.<sup>10</sup> Estas cerámicas, presentes en amplias zonas de la Cuenca del Ebro, alcanzan especial importancia en varios yacimientos del complejo fluvial del Segre-Cinca. En esta zona las tazas carenadas suelen asociarse con otros elementos cerámicos, como son los apéndices de botón y los vasos polípodos –hasta el momento, desconocidos en el Alto y Medio Ebro–, para servir de guía a la hora de documentar los contextos correspondientes al Bronce Medio y al Bronce Final I o

5. Su carácter tardío fue apoyado por: G. MORENO (1971-72): “Cerámica campaniforme en la Cuenca Alta y Media del Ebro y provincias adyacentes”. *Caesaraugusta*, n.º 35-36. Zaragoza. Pág.: 39; y por F. MOLINA y O. ARTEAGA (1976). “Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica”. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, n.º 1. Pág.: 178. Son contrarios al mismo G. DELIBES y L. MUNICIO (1981): “Apuntes para la secuencia del vaso campaniforme en el Oriente de la Meseta Norte”. *Numantia*, I. *Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León*. Soria. Pp.: 76-77.

6. S. CORCHON (1972): “La estratigrafía de la Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, Logroño)”. *N. A. H. Prehistoria*, I. Madrid. Pp.: 57-107.

7. G. DELIBES y J. FERNANDEZ MANZANO (1981): “El Castro de La Plaza, de Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la facies Cogotas I”. *B.S.A.A.*, XLVII. Valladolid. Pp.: 51-70. A. JIMENO (1984): “Los Tolmos de Caracena (Soria)”. *E.A.E.*, n.º 134. Madrid.

8. M.ª D. FERNANDEZ-POSSE (1986): “La Cultura de Cogotas I”. *Homenaje a L. Siret*. Sevilla. Pp.: 475-487.

9. A. JIMENO (1984): *Op. cit.* pp.: 199-208.

10. La taza carenada de Cueva Lóbrega aparece reproducida en el trabajo de P. BOSCH GIMPERA (1915): “Cerámica hallstattiana de las cuevas de la Provincia de Logroño y su ocupación en distintas épocas”. *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. Pp.: 9-15.

Reciente.<sup>11</sup> Tal atribución resulta bastante difusa ya que abarca un período de cuatro siglos, desde el 1.500 al 1.100 a. C. Desgraciadamente, la mayoría de los yacimientos que han proporcionado estos materiales se conocen a través de prospecciones superficiales o de excavaciones antiguas, realizadas con escaso método,<sup>12</sup> y esta circunstancia nos impide ser más precisos. Lo que, por el momento, parece correcto es ubicar el origen de estos materiales cerámicos en un momento anterior a la introducción de rasgos propios de los Campos de Urnas, aunque más tarde, durante el Bronce Final II-III, puedan convivir en algunos yacimientos.<sup>13</sup>

Otra pieza interesante, a la hora de documentar la perduración del hábitat en estas cuevas, es el caldero de bronce rescatado por Garín y Modet en Cueva Lóbrega, que J. Fernández Manzano sistematiza, junto con otros hallados en la Meseta y en la fachada atlántica peninsular, dentro del Bronce Final III, en torno al 750 a. C.<sup>14</sup> Incluso, lo considera algo posterior al resto, al aparecer asociado con cerámicas "hallstätticas", recogiendo la terminología, hoy obsoleta, que empleara en su día Bosch Gimpera.<sup>15</sup>

Curiosamente, estas cerámicas que Bosch interpretó como hallstätticas, son las que ahora parecen más características de lo que podríamos considerar como el Bronce Pleno de la zona; a saber, las tazas carenadas y los vasos incisos a los que antes hicimos referencia. Existen, por el contrario, otros fragmentos, recuperados en las excavaciones de S. Corchón, no tomados en consideración por esta autora, pero que bien hubieran podido pasar por tales. Se trata de dos fragmentos acanalados que, utilizando la terminología actual, podríamos incluir dentro del mundo de los Campos de Urnas del Nordeste o, más genéricamente, dentro del Bronce Final - Hierro I<sup>16</sup>. Uno de ellos parece corresponder a un vaso con perfil compuesto, quizás carenado, y cuello exvasado, decorado en el hombro mediante cuatro acanaladuras horizontales poco profundas. El acabado de la pieza es espatulado. El otro fragmento corresponde a un fondo plano con acanaladuras concéntricas en su base. En este caso el acabado presenta zonas alisadas y rugosas.<sup>17</sup>

Si consideramos ambos fragmentos acanalados junto con los restos del caldero de bronce nos encontramos con unos indicios escasos pero suficientes para poder intuir que Cueva Lóbrega fue ocupada, aunque tal vez de manera esporádica, en un momento que podríamos llevar hasta el siglo VIII a. C. Por entonces ya existen en el Valle Medio del Ebro contextos perfectamente definidos en los que aparecen cerá-

11. J. L. MAYA GONZALEZ (1981): "La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca". *I Reunión de Prehistoria Aragonesa. Huesca*. Pp.: 135-141.

12. I. GARCÉS ESTALLO (1986): "Los materiales arqueológicos del poblado de Masada de Ratón (Fraga, Huesca)". *Bolskan*, n.º 3. Huesca. Pp.: 66 y 67.

13. J. L. MAYA GONZALEZ (1981): op. cit. pág.: 137. IDEM (en prensa): "El Bronce Final - Hierro en la zona septentrional del Valle Medio del Ebro". *II Encuentros de Prehistoria Aragonesa*. (Zaragoza-Caspe, 29 de Octubre a 1 de Noviembre de 1986). I. GARCÉS ESTALLO (1986): Op. cit. pág.: 97.

14. J. GARÍN Y MODET (1912): "Nota acerca de algunas exploraciones practicadas en las cavernas de la cuenca del río Iregua. Provincia de Logroño". *Boletín de Estudios Geológicos de España, XXXIII. Segunda serie*. Madrid. Pp.: 143-150. J. FERNÁNDEZ MANZANO (1986): Bronce Final en la Meseta Norte Española: El utillaje metálico. Pág.: 125.

15. P. BOSCH GIMPERA (1915): Op. cit.

16. G. RUIZ ZAPATERO (1985): *Los Campos de Urnas del Nordeste de la Península Ibérica*. Madrid. P. ALVAREZ CLAVIJO y C. PEREZ ARRONDO (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*. Logroño. Pp.: 17-18.

17. Vid. las figuras del artículo de I. BARRIOS y J. CENICEROS.

micas acanaladas, como pueden ser la fase P III de Cortes de Navarra o el nivel III de Partelapeña (El Redal).<sup>18</sup>

Por último, pasaremos revista a aquellos elementos que pudieran hablarnos de la presencia de la cultura de Cogotas I en nuestra zona. Sus manifestaciones claras son, por ahora, escasas en el Valle del Ebro. Además, plantean el problema de verse reducidas, en la mayoría de los casos, a la existencia de fragmentos de cerámica con decoraciones que se consideran típicas del citado horizonte, pero carentes de otro contexto arqueológico. La escasa entidad de las evidencias conocidas y su distribución geográfica han permitido defender la hipótesis de que estos elementos sean intrusivos y de procedencia meseteña.<sup>19</sup>

En el ámbito riojano, la cultura de Cogotas I se detecta a partir de los datos obtenidos en yacimientos como la cueva de Los Lagos y Peña del Recuenco, ambos en Inestrillas, las Eras de San Martín, en Alfaro, y Majada Londeras, en Tobía<sup>20</sup>. Los dos primeros pueden constituir una de las pocas asociaciones de hábitat y necrópolis que conocemos en esta zona.

La realización de inhumaciones en cuevas es una práctica atestiguada en otros lugares del Valle del Ebro. Dentro de La Rioja está constatada en la cueva de San Bartolomé (Nestares) y existen noticias sobre el hallazgo de restos humanos en Cueva Lóbrega.<sup>21</sup> Sin embargo, en muchas ocasiones resulta difícil discernir el entorno cultural de estos enterramientos y se les incluye vagamente dentro de la Edad del Bronce. Este no parece el caso de los restos hallados en la Cueva de los Lagos que se encontraron asociados con varias vasijas, algunas de ellas decoradas mediante la técnica del boquique. El sistema de enterramiento no recuerda, sin embargo, al que parece propio de la Meseta durante la fase Cogotas I que, quizás, esté caracterizado por inhumaciones en campo abierto, como las de San Román de la Hornija o la de Renedo de Esgueva.<sup>22</sup> Las diferencias pueden venir determinadas por las condiciones del medio físico o, bien, por la perduración de distintas costumbres funerarias que, evidentemente, pueden estar más arraigadas que las técnicas decorativas de la cerámica.

La Peña del Recuenco se localiza en la margen izquierda del río Alhama, frente a la Cueva de los Lagos. Entre los restos cerámicos recogidos en su cima volvemos a encontrar algún fragmento decorado mediante boquique, circunstancia que nos permite relacionar el posible asentamiento con las inhumaciones en la Cueva de los

18. P. ALVAREZ CLAVIJO y C. PEREZ ARRONDO (1987): Op. cit. pp.: 117-118.

19. J. A. HERNANDEZ VERA (1983): "Difusión de elementos de la Cultura de Cogotas hacia el Valle del Ebro". *I Coloquio sobre Historia de La Rioja. Cuadernos de Investigación, Historia. IX.1.* Logroño. Pp.: 65-79.

20. J.A. HERNANDEZ VERA y P. CASADO LOPEZ (1979): "Materiales del Bronce Final de la Cueva de los Lagos (Logroño)". *Caesaraugusta*, n.º 47-48. Zaragoza. Pp.: 97-125. Sobre la Peña del Recuenco trata el artículo de J.A. HERNANDEZ VERA (1975): "Un poblado de la Edad del Bronce en Aguilar del Río Alhama (Logroño)". *Miscelánea Arqueológica ofrecida a A. Beltrán Martínez*. Zaragoza. Pp.: 115-129. Aparecen noticias sobre las Eras de San Martín en IDEM (1982): *Las ruinas de Inestrillas: Estudio arqueológico. Aguilar del Río Alhama (La Rioja)*. Logroño. Pág.: 51; y en IDEM (1983): op. cit. pp.: 70-71. Se hacen referencias a Majada Londeras en I. BARRIOS GIL: *Las culturas prerromanas en la zona occidental de La Rioja* (Memorias de licenciatura inédita). Pp.: 222-231; y en C. PEREZ ARRONDO (1986): Op. cit. pág.: 272.

21. J. M.ª RODANES VICENTE (1983): "La cueva sepulcral de San Bartolomé (Nestares, La Rioja)". *Berceo*, n.º 105. Logroño. Pp.: 75-91. Las referencias a enterramientos en Cueva Lóbrega aparecen en: L. LARTÉT (1866): "Poteries primitives, instruments en os et silex taillés des cavernes de la Vieille Castille (Espagne)". *Revue Archaeologique*, vol. XIII. París. Pp.: 121-132.

22. G. DELIBES (1978): "Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)". *Trabajos de Prehistoria*, n.º 35. Madrid. Pp.: 225-250. G. DELIBES y OTROS (1985): *Historia de Castilla y León, 1: La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid. Pág.: 72.

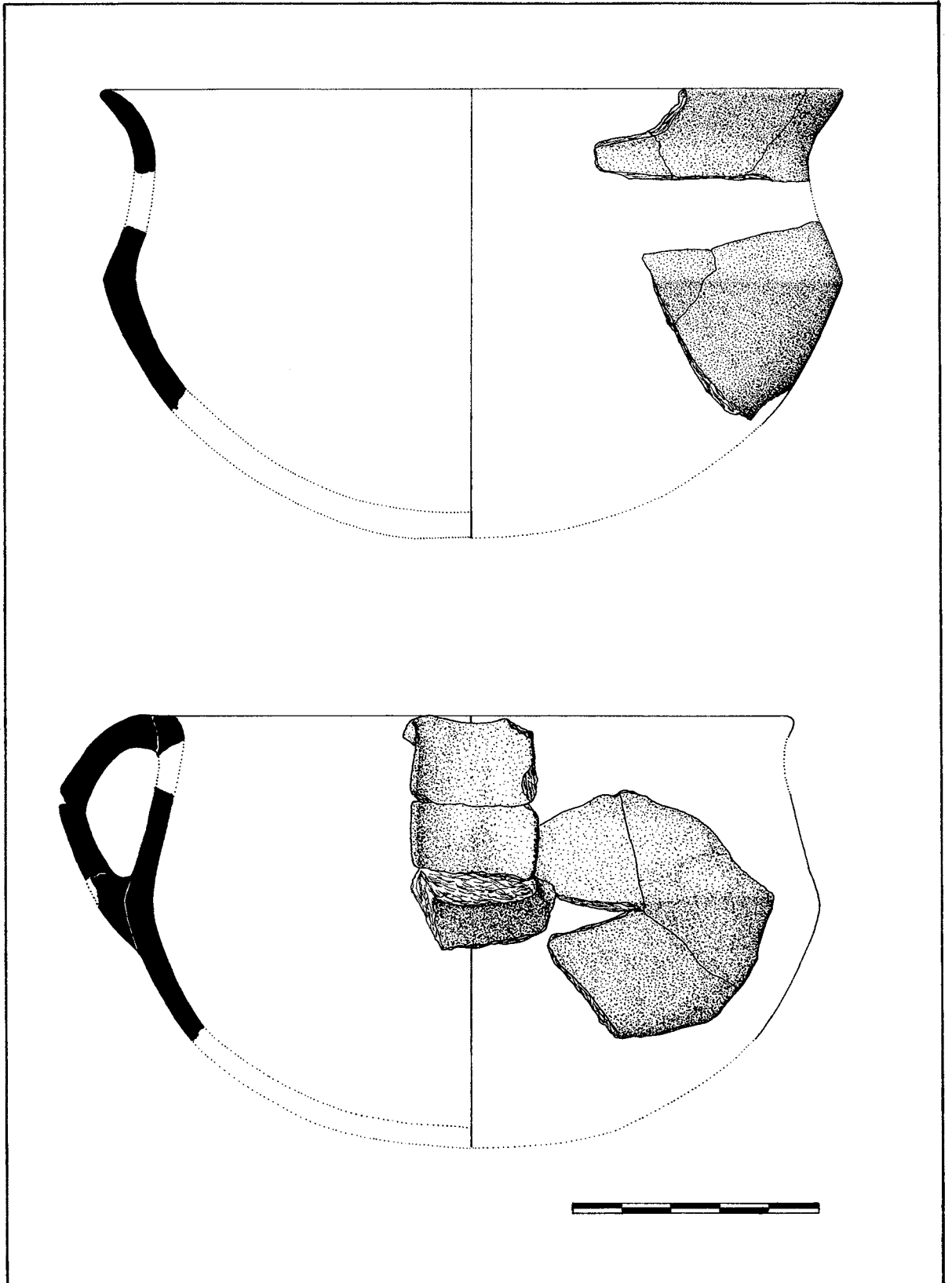


Figura 2: Cerámica del nivel I de Partelapeña (El Redal)



Lagos. Lo que no podemos determinar es si todos los materiales recuperados son sincrónicos o, bien, existe una cierta amplitud cronológica en la ocupación. Piezas como el brazalete de arquero, tradicionalmente asociado al mundo campaniforme, tal vez abonen esta última posibilidad.<sup>23</sup> La inexistencia de materiales más modernos nos indica, en cambio, que el hábitat debió abandonarse antes de entrar en la fase que vagamente denominamos Bronce Final - Hierro I. Podemos contemplar la posibilidad de que las poblaciones de la zona se concentraran en el germen de lo que más tarde iba a ser Contrebia Leukade, yacimiento en el que existe un nivel de ocupación clasificado dentro de la Primera Edad del Hierro.<sup>24</sup>

Posteriormente haremos referencia al yacimiento de las Eras de San Martín. Por lo que respecta a Majada Londeras, los materiales que conocemos, entre los cuales hay algunos fragmentos de cerámica significativos, proceden de recogidas superficiales y de la colección particular de A. Cillero. Uno de ellos, que permite reconstruir el perfil y el tamaño de la vasija, está decorado mediante boquique y excisión. Otro, corresponde a una vasija con perfil abierto y carena marcada al exterior, sobre la cual aparece una línea incisa de zig-zag.<sup>25</sup> El análisis de estas piezas puede llevarnos a considerar la existencia de varias fases de ocupación, dentro de la Edad del Bronce. Sin embargo, no debemos excluir la posibilidad de que ambas se asocien en un mismo nivel, tal como sucede en Los Tolmos de Caracena. En cualquier caso, el dilema sólo se resolverá cuando se realicen excavaciones en el lugar.

A la hora de determinar el ámbito cronológico de las evidencias de Cogotas I nos encontramos con algunos problemas que, básicamente, residen en el hecho de que su conocimiento en el Valle del Ebro se reduce, como ya dijimos con anterioridad, a la existencia de determinados fragmentos de cerámica decorados mediante boquique y excisión. La vigencia de estas técnicas decorativas en la Meseta nos ofrece un abanico que va desde el siglo XV a. C., en los Tolmos de Caracena, hasta el siglo IX a. C., en San Román de la Hornija, siempre en contextos relacionados con Cogotas I o con su fase inicial.<sup>26</sup> Dentro del Valle del Ebro, pueden ser indicativas algunas dataciones obtenidas en Alava. Nos referimos, en concreto, a la datación por Carbono-14 del depósito localizado en un hoyo en La Paúl (Arbígano)  $-950 \pm 85$  a. C.<sup>27</sup> y a la cronología relativa que se deduce de la asociación de cerámica decorada mediante excisión y boquique con la empuñadura de una espada pistiliforme, propia del Bronce Final II, en el nivel VII de Solacueva de Lacoymonte.<sup>28</sup> Si a ello unimos las noticias sobre la existencia, en el yacimiento de Moncín (Borja), de un nivel de ocupación datado en el siglo VIII a. C., en el que también está presente la cerámica decorada mediante boquique,<sup>29</sup> nos encontraríamos en condiciones de afirmar, con cierta seguridad, que algunos rasgos de la cultura material de Cogotas I están presentes en el Valle Alto y Medio del Ebro, al menos, entre los siglos X y VIII a. C.

23. J. A. HERNANDEZ VERA (1975): Op. cit. pág.: 128.

24. IDEM (1982): Op. cit. pp.: 53-107.

25. C. PEREZ ARRONDO (1986): Op. cit. pp.: 280 y 281.

26. A. JIMENO (1984): Op. cit. pp.: 199 y 200. G. DELIBES (1978): Op. cit. pág.: 237. Museo (1983): Pág.: 102.

28. A. LLANOS (1972): "Cerámica excisa en Alava y provincias limítrofes". *Estudios de Arqueología Alavesa*, n.º 5. Vitoria. Pág.: 87. Esta atribución es, sin embargo, problemática, como se expone en P. ALVAREZ CLAVIJO y C. PEREZ ARRONDO (1987): Op. cit. pág.: 15.

29. G. RUIZ ZAPATERO (en prensa): "Los Campos de Urnas en el sector oriental de la Submeseta Norte". *II Encuentros de Prehistoria Aragonesa*. (Zaragoza-Caspe, 29 de Octubre a 1 de Noviembre de 1986).

## RELACIONES DE LOS HABITATS DEL BRONCE FINAL-HIERRO CON MOMENTOS ANTERIORES

La última síntesis realizada por G. Ruiz Zapatero explica el origen de los poblados del Bronce Final-Hierro I del Valle Alto y Medio del Ebro como fruto de una expansión de los grupos de Campos de Urnas del Bajo Aragón y del Segre que, matizada por algunas influencias llegadas del Suroeste francés, tendría lugar hacia el 800 a. C. A partir de esa fecha se desarrollaría un grupo particular englobado dentro de los Campos de Urnas del Nordeste peninsular que, prácticamente sin solución de continuidad, nos llevaría hasta el siglo IV a. C., momento en el que, al parecer, se generaliza la presencia de la cultura material celtibérica.<sup>30</sup> El hecho de que, durante mucho tiempo, el único yacimiento bien conocido de la zona fuera el de Cortes de Navarra pesaba sobremanera, tanto en éste como en otros trabajos anteriores.

Ahora bien, al analizar los yacimientos incluidos dentro de la Edad del Bronce hemos podido constatar cómo algunos de ellos presentan evidencias de cierta continuidad en su utilización, caso de Cueva Lóbrega, o, bien, alcanzan un mayor desarrollo durante el Bronce Final y la Edad del Hierro, como sucede en La Hoya. Pero no son éstos los únicos indicios de una relación entre ambos momentos históricos porque varios asentamientos que, según la hipótesis de G. Ruiz Zapatero, nacerían al hilo de la expansión de los Campos de Urnas, también están aportando datos importantes en ese sentido.

Uno de los yacimientos emblemáticos del Bronce Final - Hierro I en el Valle Medio del Ebro es el de Partelapeña (El Redal), gracias a los materiales que, en su día, dieran a conocer los trabajos de B. Taracena y A. Fernández Avilés. La presencia de cerámicas con decoración excisa permitía interpretar el lugar como una de las estaciones que jalonaban la ruta de los invasores indoeuropeos, llegados al Nordeste de la Península Ibérica durante el siglo IX a. C. Estas gentes son las que, de acuerdo con las teorías entonces en boga, crearían la mayor parte de los asentamientos estables del Valle del Ebro. En muchos casos, esta concepción carecía del apoyo de criterios estratigráficos que, sin embargo, comienzan a ser tenidos en cuenta durante los últimos años. Si en el importante núcleo de asentamientos del Bajo Aragón han sido las excavaciones de Palermo las que han permitido dar un giro a las interpretaciones<sup>31</sup>, en el Alto y Medio Ebro, a los trabajos en curso en La Hoya (Laguardia) y las Eras de San Martín (Alfaro) se unen los que realizamos en Partelapeña.

Las excavaciones que se llevaron a cabo en este yacimiento, entre 1979 y 1983, afectaron, especialmente, a la cima de su estribación principal, la misma en la que trabajaron B. Taracena y A. Fernández Avilés. Los sondeos realizados nos permitieron distinguir cuatro niveles de ocupación sucesivos que se desarrollarían entre la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro.<sup>32</sup> Gran parte de la cima está ocupada por los restos del poblado descubierto en 1935, que nosotros denominamos nivel III. En unos casos la erosión ha desmantelado las estructuras, en otros, el

30. IDEM (1985): Op. cit. pág.: 1066.

31. A. ALVAREZ GRACIA (en prensa): "El Bronce Final-Hierro Inicial en el sector meridional del Valle Medio del Ebro". *II Encuentros de Prehistoria Aragonesa* (Zaragoza-Caspe, 29 de Octubre a 1 de Noviembre de 1986).

32. P. ALVAREZ CLAVIJO y C. PEREZ ARRONDO (1987): Op. cit. pp.: 33-35.

estrato correspondiente se ha conservado bajo una capa de adobes hundidos y, por último, en el extremo meridional de la cima está protegido por los sedimentos y por las estructuras de un nivel más moderno.

Durante las campañas de 1979 y 1981 realizamos dos sondeos, partiendo del suelo correspondiente al nivel III. En uno de ellos se determinó la existencia de una fase previa del mismo, con escaso material cerámico que puede relacionarse fácilmente con aquél. Algunas referencias a las excavaciones de 1945<sup>33</sup> nos permiten suponer que ya entonces fue detectado este nivel inferior aunque, al no publicarse la memoria correspondiente, perdemos la posibilidad de apoyarnos en esta noticia.

Ambos sondeos coincidieron en señalar la existencia, en la base de la secuencia estratigráfica, de un nivel de ocupación más antiguo, separado de los anteriores por un estrato estéril de 35 a 40 cm. Lo denominamos nivel I. Los materiales recuperados se reducen a restos de fauna y a cerámicas muy fragmentadas. A pesar de todo, reconocimos algunos perfiles correspondientes a vasijas con carenas medias y acabado espantado, varias asas acintadas, una de ellas con arranque en el borde de la vasija, y fragmentos de recipientes con acabado tosco en sus superficies. La cerámica decorada es muy escasa. Cabe señalar la existencia de algunos fragmentos de bordes con digitaciones, correspondientes a vasijas de formas cerradas y acabado alisado o intencionadamente irregular, y de dos pequeños fragmentos, un tanto extraños, decorados mediante incisiones en serie, tal vez realizadas con un peine, inscritas en una franja horizontal que delimitaban sendas incisiones finas. La escasa extensión de los sondeos puede disculpar la parquedad del ajuar. Sin embargo, la aparición de determinados rasgos en la cerámica y la ausencia de otros quizás resulte significativa a la hora de comparar este nivel con otros contextos del Valle Alto y Medio del Ebro (fig. 2).

Las vasijas carenadas y las asas acintadas nos recuerdan, en primera instancia, los ejemplares citados anteriormente, especialmente el de Cueva Lóbreaga, por lo que podemos aplicar las mismas relaciones esbozadas para aquéllas. La ventaja estriba en la contextualización estratigráfica que ofrecen los materiales de Partelapeña, donde no aparecieron, en cambio, otras cerámicas decoradas, como las vasijas carenadas abiertas, con decoraciones incisas en zig-zag, presentes en las citadas cuevas pero carentes de contexto estratigráfico claro. La secuencia de Partelapeña nos permite, quizás, dar un primer paso para sistematizar el ajuar cerámico de las mismas. La mayor antigüedad de las cerámicas incisas que consideramos podía intuirse a raíz de su datación por Carbono-14 en Los Tolmos de Caracena<sup>34</sup> y quedaría confirmada por su ausencia en el nivel I de Partelapeña. Por el contrario, las tazas carenadas y las asas acintadas responderían a un momento más avanzado, cuya definición cronológica es complicada. El nivel I de Partelapeña, en los sondeos realizados, está separado de los niveles II y III por un estrato estéril cuyo período de formación es difícil de cuantificar pero nos permite considerar la existencia de una fase de abandono, con una fecha "ante quem" procedente de la datación por Carbono-14 del nivel III  $-680 \pm 50$  a. C.

El caso de Partelapeña no es único. Las excavaciones en curso, tanto en las Eras de San Martín (Alfaro), como en La Hoya (Laguardia), nos permiten establecer

33. A. FERNANDEZ AVILES (1959): "Excavaciones en El Redal (Logroño). Campaña de 1945". *V Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza. Pág.: 165.

34. Vid. nota 9.

sendos puentes entre lo que genéricamente denominamos Bronce Final-Hierro I y momentos anteriores, claramente enraizados en la Edad del Bronce. En el yacimiento alfareño se ha determinado la existencia de dos fases de ocupación sucesivas. La superior se caracteriza por unas cerámicas, algunas con decoración excisa, semejantes a las del nivel III de Partelapeña, mientras que la inferior presenta, además de vasijas excisas, otras decoradas mediante boquique que se interpretan como una manifestación de las influencias de Cogotas I.<sup>35</sup> Podemos realizar una aproximación a la cronología de ambos niveles, aprovechando los datos que nos han suministrado otros yacimientos. Así, en el Valle Medio del Ebro los contextos relacionables con Cogotas I parecen encuadrarse entre la fecha de La Paúl  $-950 \pm 80$  a. C.– y el siglo VIII a. C., documentado en Moncín.<sup>36</sup> Por su parte, para el nivel superior podemos proponer una datación semejante a la del nivel III de Partelapeña.

El yacimiento de La Hoya presenta una amplia estratigrafía, sistematizada en tres niveles generales –A, B y C–, subdivididos, a su vez, en varias fases. Como dijimos anteriormente, la fundación del hábitat parece retrotraerse hasta el siglo XV a. C. y se caracteriza por la presencia de cerámicas campaniformes e incisas.<sup>37</sup> Las cuatro fases del nivel B cubrirían el período del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, pero hasta que no vea la luz el estudio definitivo no se podrá valorar la relación entre los niveles B y C. Sería igualmente deseable que se aclarase la contradicción existente entre las dataciones absolutas de la fase B-3  $-1.460$  y  $1.270 \pm 90$  a. C.– y los materiales que la caracterizan –cerámicas excisas, acanaladas, incisas, grafitadas, pintadas, etc.– para los que podría proponerse un contexto entre el siglo VIII y el VI a. C.<sup>38</sup> En cualquier caso, los excavadores han apreciado la lenta evolución de las estructuras constructivas que, partiendo de las primeras chozas levantadas con materiales lígneos, van adquiriendo mayor solidez en las sucesivas fases de ocupación.<sup>39</sup>

## EVOLUCION INTERNA DE LOS HABITATS DEL BRONCE FINAL-HIERRO I

Al considerar en su conjunto los asentamientos que se desarrollan entre el siglo VIII y el IV a. C. podemos plantearnos dos cuestiones básicas; por un lado cuándo y por qué se originan y, por otro, si es posible discernir algún rasgo que nos permita establecer las líneas evolutivas dentro de un período tan amplio. En ambos casos, la respuesta viene de la mano de aquellos yacimientos en los que se han realizado excavaciones, porque resulta muy difícil extraer conclusiones si contemplamos, tan sólo, los emplazamientos y los materiales procedentes de recogidas superficiales. En cuanto a la primera pregunta, en el apartado anterior hemos comprobado cómo tres señalados asentamientos del Bronce Final-Hierro I parecen tener su origen en diferentes momentos de la Edad del Bronce, anteriores al siglo VIII a. C. Esta circunstancia tal vez sea común a otros yacimientos todavía no excavados, mientras que respecto al resto, debemos contemplar la posibilidad de que su aparición se

35. J. A. HERNANDEZ VERA (1982): Op. cit. pág.: 51.

36. Vid. nota 29.

37. Vid. nota 3.

38. P. CAPRILE (1986): "Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y Edad del Hierro en la Provincia de Alava". *Estudios de Arqueología Alavesa*, n.º 14. Vitoria. Vid pág. 306 y fig. 36.

39. A. LLANOS (1983): *La Hoya: Un poblado del primer milenio a. C.* Vitoria.

produzca de manera escalonada, entre los siglos VIII al IV a. C., y no respondiendo a una eclosión súbita. Teniendo en cuenta la amplitud cronológica del período parece obligado pensar que su cultura material debe seguir algún tipo de evolución que nos permita ir documentando este proceso.

El hecho de que los productos metálicos sean tan escasos, nos impide utilizarlos como puntos de referencia para nuestra sistematización. En los poblados solemos encontrar piezas como los botones, las agujas o los moldes de fundición que, en la mayoría de los casos, debido a su gran perduración, no nos permiten establecer una secuencia segura. En cuanto a las necrópolis que, generalmente, suelen aportar objetos de gran valor tipológico, las únicas conocidas son las navarras de La Torraza (Valtierra) y La Atalaya (Cortes de Navarra), correspondiendo ambas a un momento bastante avanzado –a partir del siglo V a. C.<sup>40</sup>– por lo que tampoco aportan datos para el conjunto del período considerado. La presencia de útiles de hierro o de restos de siderurgia puede suponer, en cambio, un hito a tener en cuenta.

En ninguno de los niveles de ocupación contrastados en Partelapeña encontramos evidencias de dicho metal, salvando, naturalmente, la ocupación celtibérica. Dado que el nivel IV es posterior a la fecha del 680 a. C., no parece demasiado aventurado suponer que, al menos durante el siglo VII a. C., no se llegó a conocer la siderurgia en este yacimiento. Por otra parte, dentro de la amplia secuencia de ocupación de Cortes de Navarra podemos observar que el uso del hierro aparece relativamente generalizado en la fase P IIb. La cronología que J. Maluquer propuso, en su día, para la misma –650 - 550 a. C.– quizás resulte algo elevada si la comparamos con la de Partelapeña –90 kms. Ebro arriba– y consideramos que los útiles de hierro aparecidos no son exóticos sino de uso cotidiano.<sup>41</sup> En la Llanada Alavesa, el castro de Peñas de Oro proporcionó la cabeza de un clavo de hierro en el nivel IIa de Escotilla II. En claro paralelismo con la fase P IIb de Cortes de Navarra, G. Ruiz Zapatero viene a fecharlo entre el 650 y el 550 a. C., aunque P. Caprile prefiere adscribirlo al siglo V a. C., comparándolo con la necrópolis de La Atalaya.<sup>42</sup> El Castillo de Henayo, por su parte, proporciona los primeros restos de hierro en el nivel IIb. Se trata de un torques con extremos acabados en bolas, semejante al proporcionado por la sepultura n.º 1 de La Atalaya.<sup>43</sup> La datación de este nivel en el siglo V a. C. quizás no sea tan inconveniente. Recordemos que el momento más antiguo del yacimiento, el IIIc, se fecha en el 690 a. C.,<sup>44</sup> muy próximo, por tanto, al nivel III de Partelapeña, y que entre ambos momentos existen dos fases de ocupación, IIIa y IIIb.

40. J. MALUQUER DE MOTES (1953): "La necrópolis de La Torraza, Valtierra (Navarra)". *Príncipe de Viana*, n.º 52-53. Pamplona. Pág.: 269. J. MALUQUER y L. VAZQUEZ DE PARGA (1956): "Avance al estudio de la necrópolis de La Atalaya (Cortes de Navarra)". *Príncipe de Viana*, n.º 65. Pamplona. Pág.: 421. La cronología relativa de estas necrópolis parece confirmarse con los datos de J. A. PEREZ CASAS (1984): "Datación radiocarbónica de la necrópolis de incineración del Cabezo de Ballesteros, Epila (Zaragoza)". *Boletín del Museo de Zaragoza*, n.º 3. Zaragoza. Pp.: 113-124.

41. J. MALUQUER DE MOTES (1958): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico, II*. Pamplona. Pp.: 114 y 128.

42. G. RUIZ ZAPATERO (1985): Op. cit. pág. 595. P. CAPRILE (1986): Op. cit. pág. 44.

43. A. LLANOS y OTROS (1975): "El castro del Castillo de Henayo (Alegría, Alava). Memoria de excavaciones. Campañas de 1969 y 1970". *Estudios de Arqueología Alavesa*, n.º 8. Vitoria. Pp.: 193-196.

44. IDEM (1975): Op. cit. pág. 188 y nota 66. P. ALVAREZ CLAVIJO y C. PEREZ ARRONDO (1987): Op. cit. pp.: 72-74.

La información obtenida puede completarse si volvemos los ojos hacia el ajuar cerámico, tratando de discernir en él los posibles rasgos diferenciadores. Uno de los cortes abiertos en 1982 en Partelapeña nos permite avanzar algo en este sentido. En el extremo de la cima pudimos comprobar cómo la destrucción del nivel III, violenta según todos los indicios, no provocó el abandono definitivo del asentamiento, ya que localizamos un nuevo nivel de ocupación, al que denominamos IV. Si el nivel III estaba caracterizado por vasijas con perfil carenado, cuello exvasado y decoraciones incisas, excisas y acanaladas, en el IV nos encontramos con que las carenas y las decoraciones tienden a desaparecer, a la vez que se introducen los vasos de cuello cilíndrico. Estos datos se refuerzan al compararlos con la amplia secuencia estratigráfica de Cortes de Navarra, en la que, frente a la continuidad que se manifiesta en elementos como las estructuras de hábitat o la presencia de morillos en varios niveles, por ejemplo, notamos un cambio paulatino en el ajuar cerámico que culmina con el predominio de las vasijas de cuello cilíndrico y la práctica desaparición de las decoraciones acanaladas e incisas, tan comunes en la fase P III del yacimiento. Este hecho viene a coincidir con la generalización de los útiles de hierro.<sup>45</sup> Una evolución semejante se aprecia en los poblados alaveses de Peñas de Oro y Castillo de Henayo. Sus niveles más antiguos, con relativa abundancia de cerámicas decoradas, pueden paralelizarse con las fases III de Cortes y Partelapeña, respectivamente, mientras que en los siguientes niveles van desapareciendo aquéllas e, igualmente, comienzan a predominar las vasijas con cuello cilíndrico.<sup>46</sup> Es éste un fenómeno que, al parecer, afecta a todo el Valle Medio del Ebro. La breve nota publicada sobre un sondeo realizado en Zaragoza, entre las calles Gavín y Sepulcro, parece abundar también en la distinción de dos momentos en su ajuar cerámico.<sup>47</sup> Las vasijas con perfil carenado, cuello exvasado y decoraciones acanaladas se recogieron en un nivel intacto, para el que se obtuvieron dos fechas tras el análisis de Carbono-14: 630 y 600 a. C. Sobre este nivel había varios estratos revueltos entre cuyos materiales se recogieron restos de vasos con cuello cilíndrico.

La consideración de todos estos factores nos permite realizar algunas precisiones. Por una parte, los hábitats que se desarrollan durante los siglos VIII y VII a. C. lo hacen, desde el punto de vista metalúrgico, dentro de la Edad del Bronce. La introducción paulatina del hierro se produce durante el siglo VI a. C., momento en el que podemos incluir la fase P I Ib de Cortes, y tal vez no llegue a la Llanada Alavesa hasta el siglo V a. C. Por otro lado, la evolución del ajuar cerámico transcurre entre un momento de predominio de las cerámicas con perfiles carenados y cuellos exvasados, decoradas mediante excisión, acanalados, incisión o impresión, y otro, en el que se han impuesto los perfiles sinuosos, con cuellos cilíndricos, mientras que las decoraciones prácticamente desaparecen o se reducen a algunos ejemplares pintados o grafitados. Los niveles más antiguos de Peñas de Oro y el Castillo de Henayo, el nivel III de Partelapeña y la fase P III de Cortes nos indicarían el primer hito, en el tránsito entre los siglos VIII y VII a. C., mientras que la fase P I Ib

45. J. MALUQUER (1958): Op. cit. pp. 136 y 141.

46. J. M. UGARTECHEA y OTROS (1971): "El Castro de las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava)". *Investigaciones Arqueológicas en Alava (1957-1968)*. Vitoria. Pp.: 217-264. A. LLANOS y OTROS (1975): Op. cit. pp. 170-180.

47. I. AGUILERA y OTROS (1984): "Dos fechas radiocarbónicas para la Protohistoria de la ciudad de Zaragoza. Gavín/Sepulcro". *Boletín del Museo de Zaragoza*, n.º 3. Zaragoza. Pp.: 101-112.

de Cortes significaría la culminación del proceso durante el siglo VI a. C. Los niveles posteriores de este yacimiento nos llevarán a las puertas del mundo celtibérico. Determinar si su cultura material se introduce paulatinamente o, bien, se impone por la fuerza es un tema interesante pero que supera los límites de este trabajo.

## CONCLUSIONES

A partir de lo expuesto en las líneas anteriores podemos extraer algunas ideas generales. Uno de nuestros objetivos era determinar si existían indicios de una relación entre los todavía escasos yacimientos conocidos, adscribibles a la Edad del Bronce, y los más numerosos encuadrados dentro del Bronce Final-Hierro I. El estudio estratigráfico de varios yacimientos, tanto riojanos como de comunidades vecinas, siempre en el ámbito del Valle del Ebro, nos permite comenzar a plantearnos esta posibilidad, que presenta la ventaja añadida de evitarnos el tener que recurrir, en exclusiva, al establecimiento de una secuencia, partiendo de la comparación de materiales que puedan proporcionarnos unos criterios de evolución formal, muchas veces subjetivos.

Otro tema que se suscita, al hilo de estas evidencias, es el del carácter de los asentamientos. La aparición de hábitats al aire libre, con rasgos de una cierta continuidad y nuclearización de las poblaciones, ya no es un fenómeno achacable, en exclusiva, a la llegada de influjos de los Campos de Urnas o de los antiguos invasores hallstáticos. Algunos son anteriores a la manifestación de estas influencias, mientras que cuevas utilizadas desde la Edad del Bronce o, incluso, antes, muestran indicios de las mismas. Se intuye así un panorama que encuentra paralelos en otras zonas del Valle del Ebro. En la provincia de Teruel están perfectamente documentados algunos poblados de gran entidad que se desarrollan durante la Edad del Bronce, como el Cabezo del Cuervo, Frías de Albarracín o la Sima del Ruidor.<sup>48</sup> Al mismo tiempo, varias cuevas del complejo fluvial Segre-Cinca presentan niveles de ocupación con materiales propios de los Campos de Urnas.<sup>49</sup> De este modo se pone en tela de juicio, al menos para este momento, la premisa que suponía la existencia de un modelo de hábitat paradigmático, caracterizado por su amplitud, duración y localización estratégica, frente a los asentamientos al aire libre o rupes- tres, esporádicos y poco intensos, propios de la Edad del Bronce.

Evidentemente, la solución definitiva del tema vendrá de la mano de nuevos trabajos de campo. Por otra parte, no cabe duda que el caballo de batalla, en el período que consideramos, estriba en determinar el papel que juegan en él los Campos de Urnas. Quizás, un cambio en nuestra mentalidad aclare el panorama. Los Campos de Urnas tienden a entenderse como la causa que explica el origen de una determinada situación. Si contemplamos más el modo como se genera antes que la causa de la misma, tal vez mejore nuestra visión de conjunto, sin correr el peligro de

48. T. ANDRES RUPEREZ (en prensa): "El Calcolítico y el Bronce Inicial y Medio". *Estado actual de la Investigación Arqueológica en Aragón* (Zaragoza, 12 al 14 de Noviembre de 1987).

49. J. L. MAYA GONZALEZ (1978): *Lérida Prehistórica*. Lérida. Pp.: 104-105. IDEM (1981): Op. cit. pág. 145. IDEM (en prensa): Op. cit. V. BALDELLOU y P. UTRILLA (1985): "Nuevas dataciones de radiocarbono de la Prehistoria oscense". *Trabajos de Prehistoria*, n.º 42. Madrid. Pág.: 83.

caer en puntualizaciones que contraen en plazos muy limitados procesos desarrollados durante varios siglos.

Por último, para el período que podemos considerar propiamente Bronce Final-Hierro I, la evolución de los ajuares metálicos y cerámicos nos permite establecer algunos criterios básicos a la hora de sistematizar el conjunto de hábitats que se encuadran en el mismo. Ello debe hacerse relativizando el papel de determinados materiales característicos. Así, por ejemplo, los objetos metálicos con interés tipológico son susceptibles de alcanzar una gran difusión gracias al comercio, sin que ello implique que se haya producido un traslado de poblaciones. Por contra, los rasgos de la producción cerámica estarán marcados, en mayor medida, por circunstancias locales. En este sentido, resulta más fácil explicar la abundancia de las decoraciones excisas en el nivel III de Partelapeña, si pensamos que la destrucción del poblado se produjo en un momento en el que las mismas gozaban de gran predicamento, antes que suponer que tras ellas se esconden unas raíces étnicas y culturales diferentes de las de la fase P III de Cortes de Navarra, donde la excisión es apenas conocida. Si tales diferencias existen, deberemos encontrar argumentos más concluyentes para mantenerlas.